



La Historia no sólo la hacen los actores sociales y políticos, también quienes la piensan y escriben. Convencidos de ello, en Letras Libres no hemos encontrado mejor manera de conmemorar el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución mexicana que acercándonos a la vida y las obras de algunos de los historiadores e intelectuales más notables. A lo largo de todo el año presentaremos, con ese propósito, dos series. En la primera Christopher Domínguez Michael, autor de una monumental biografía de fray Servando Teresa de Mier, conversará sobre México con doce de los mejores historiadores del mundo. En la segunda un plural grupo de escritores releerá una docena de títulos indispensables para entender el México del siglo XX. Así comenzamos: una entrevista con David A. Brading y dos ensayos, uno de Enrique Krauze y otro de Manuel Guerra de Luna, sobre La sucesión presidencial en 1910, el libro de Francisco I. Madero que obró el milagro de cambiar para siempre la realidad de un país analfabeta.

DOCE VOCES DE LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA
CONVERSACIONES CON CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

I. El orbe de David A. Brading

Orbe indiano / De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867 (1991) es uno de mis libros de cabecera. Leyéndolo me voy deteniendo ante *Las Casas*, “el profeta derrotado”, o frente al inca Guamán Poma, “el peregrino de los Andes”; ante esa bóveda donde se pinta, con tintes coloridos, la controversia entre los franciscanos y los dominicos o frente a su perfecto y pálido prelado tridentino, don Juan de Palafox y Mendoza... Pese a que Brading no se permite escribir ninguna línea ajena a la obediencia ortodoxa del historiador, con la lectura de *Orbe indiano* me siento colmado por un sentimiento de plenitud artística, como si hubiera mirado y comprendido, por ejemplo, *La exposición del cuerpo de San Buenaventura*, de Francisco de Zurbarán. Gracias a Brading, un historiador ejerciendo como pintor barroco, me imagino que sé, a la perfección, quiénes son y qué significan cada uno de los clérigos y príncipes de la Iglesia que rodean, en ese cuadro, a *San Buenaventura*. *Orbe indiano* me ofrece esa sensación: la totalidad de un mundo revelándose a través de un lienzo histórico.

He leído a Brading en mi condición de historiador aficionado y lo he leído, también, guiado por esa curiosidad quisquillosa que rige las relaciones de los verdaderos historiadores, como lo es él, con su público. Su bibliografía se compone, en esencia, de *Mineros y comerciantes en el México Borbónico, 1763-1810* (1971), *Los orígenes del nacionalismo mexicano* (1973), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana* (1980), *Mito y profecía en la historia de México* (1984), *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810* (1994) y *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana* (2002). Una década después que *Orbe indiano* apareció *La Virgen de Guadalupe / Imagen y tradición* (Mexican Phoenix. *Our Lady of Guadalupe: Image and Tradition Across Five Centuries*, 2001), su última gran obra, el resumen más vivo y erudito que se ha escrito sobre las apariciones, su historia y su significado, desde 1531 hasta nuestra época. Es una obra de historiador pero también de controversista teológico que hace de su propia batalla por Guadalupe una empresa de restauración, de fijación histórica, de iconología. Gracias a Brading a la Virgen se le puede ver de muchas maneras: de cerca, de lejos, en perspectiva, con escepticismo, con ternura. El más reciente de sus libros es *La canonización de Juan Diego* (FCE, 2009), una brevísima puesta al día de la cuestión guadalupana en la que Brading defiende, con

tacto y determinación, su papel como erudito en la polémica que, a principios del siglo XXI, revivió la vieja batalla entre la Iglesia católica y sus historiadores.

Brading dice que es perezoso y al mismo tiempo confiesa —la verdad contra la falsa modestia, el menos grave de los defectos— que hubiera continuado *Orbe indiano* hasta entrar a saco en el siglo XX si sus editores de Cambridge, su universidad, no le hubieran arrebatado el manuscrito. Brading conoce muy bien a México y a sus intelectuales y por ello no cae en las involuntarias trampas idiosincráticas que le pongo durante nuestra conversación, que ocurrió en un hotel de la ciudad de México, con el viejo y sagrado bosque de Chapultepec a las espaldas del gran historiador, católico de orígenes irlandeses, nacido en Londres en 1936. No le hizo mayor caso a una pregunta mía, no sólo mal formulada sino pedante —afrancesada, digamos— sobre las utilidades y los inconvenientes de la historia para la vida (Nietzsche dixit) y en cambio le brillaron los ojos (ojos de pintor, de cazador de formas) cuando fueron saliendo a la conversación *Las Casas*, Bernardino de Sabagún, Clavijero, fray Servando Teresa de Mier, el general Bernardo Reyes y Alfonso Reyes, Octavio Paz... Brading vive la historia como un presente perpetuo en que esos personajes saltan de los cuadros y charlan en las galerías del palacio de la memoria. Sí, en ese gran palacio de la memoria, del que habla San Agustín, pienso cuando recorro mentalmente el orbe de David A. Brading.

■
A lo largo de estas semanas he releído tu obra, tan vasta, y ratifico que Orbe indiano está en el centro. Es uno de los libros más completos, significativos y apasionantes que se han escrito en toda la historiografía sobre el Nuevo Mundo. Me preguntaba, releándolo, sobre David A. Brading. Quisiera que nos contaras un poco cómo ha sido la peregrinación del historiador. No sé si tú lo ves como una peregrinación o como un vastísimo trabajo de campo por los antiguos reinos de México y del Perú.

Desde mis primeros recuerdos tengo memoria de mi afición por la historia. A la edad de ocho años, porque tuve un año de exilio en Escocia, ya me recuerdo leyendo obritas y cosas históricas. A los trece años leí a Prescott, la *Historia de la conquista de México* y la *Historia de la conquista del Perú*, en la biblioteca pública del sitio donde vivía. Y obviamente después, ya en mis años de Cambridge, dediqué tres años a la historia europea, la historia de las ideas políticas, y un año después en Yale, posgraduado, fui estudiando la historia norteamericana y vine a México a partir del verano de aquel año. Tras pasarme dos meses por el país en el verano de 1961, decidí estudiar la historia de México. Tengo un diario de la visita y muestra mi fascinación por las iglesias barrocas y churriguerescas. En mis días de estudiante en Cambridge quedé prendado por la arquitectura, pero hasta entonces nunca había cruzado el canal de La Mancha. Había ido a Hong Kong para hacer mi servicio militar, después fui a Estados Unidos y México fue mi tercer país antes de visitar la Europa continental. Fue mi primer encuentro con la civilización católica, contrarreformista y barroca.

Quizá por ello las figuras en las que se nota más tu pasión intelectual sean aquellas que forman parte de aquel mundo renacentista y barroco. En Orbe indiano destacan *Las Casas*, Colón como historiador, fray Antonio de Calancha, Gregorio García, el inca Guamán Poma, el arzobispo Palafox, hasta llegar a los jesuitas del siglo XVIII. Los has leído como figuras históricas pero también como fuentes

de historiografía. Junto a los historiadores propiamente del Nuevo Mundo, ¿cuáles son los historiadores clásicos o modernos europeos que tú lees o lees?

Dado que soy un historiador profesional, los he leído toda mi vida. Pero cuando quiero leer algo para refrescar mi intelecto, voy más bien a la literatura. Soy aficionado, y siempre lo he sido, desde mi niñez, de la novela histórica. Todavía puedo leer con gozo las obras de sir Walter Scott, que creó la novela histórica con la publicación de *Waverley* en 1814; bueno, no todas, porque algunas son muy aburridas. Por otro lado, *La guerra y la paz*, de Tolstói, tiene muchos significados, pero uno es su carácter de novela histórica, en la que abundan las descripciones. En *Waverley* Scott escoge como subtítulo *Hace sesenta años*. Bueno, *La guerra y paz* fue escrita, también, cincuenta años después de las guerras napoleónicas.

¿Cuando lees *La guerra y la paz* de Tolstói, ¿te saltas las disertaciones historiográficas? Yo lo hago.

En mis primeras lecturas de *La guerra y la paz*, porque es un obra que he leído varias veces, me saltaba esas páginas rápidamente. Pero en la última lectura, en los años noventa, tengo que confesar que, como me estoy acercando ya a una edad avanzada, me aburrí un poco la criatura Natasha y sus amores. Ahora prefiero la descripción de las batallas y las reflexiones políticas de Tolstói.

Ya que estamos en esto de la literatura y de las novelas, sigamos por ese camino. ¿Cómo lees la novela latinoamericana que aparece al mismo tiempo que empieza tu carrera de historiador? Viniste por primera vez a México en 1961 y esos son también los años en que empieza la difusión de la gran novela latinoamericana. ¿Cómo la leíste como historiador? ¿La novela latinoamericana de aquellos años —Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa— qué importancia tuvo para ti? Creo que tuvieron mucha importancia... He trabajado mucho en mi vida, pero también soy intelectualmente muy

perezoso. Nunca estudié realmente el idioma español, pasé nada más un mes en un colegio, internado de verano. Lentamente fui leyendo documentos, pero no tuve el vocabulario y el dominio de la gramática para entender fácilmente aquellas novelas. Fui hojeándolas, hojeándolas. Algunas veces, enseñando historia de México, cuando estuve en California, utilicé como libro de texto *La muerte de Artemio Cruz*, de Fuentes. Y después utilicé alguna novela de Vargas Llosa. Pero cuando hay muchos diálogos pierdo el hilo, a veces. Cuando a partir de mis cuarenta años aprendí a hablar y a leer español mejor, he leído más novelas.

No sé si tengas alguna opinión sobre novelas históricas como las de García Márquez o Fernando del Paso. ¿Qué te dice, por ejemplo, la imagen de Bolívar en El general en su laberinto o la de Maximiliano en Noticias del Imperio?

La novela de García Márquez se basa las cartas de Bolívar, que fue escribiendo su propia novela. Él es una de esas figuras neoclásicas que actúan como si estuvieran en un teatro, un teatro público, abierto al mundo. Allí lo vemos declamando. Aun en sus cartas declama y crea su propia figura. Y entonces lo que ha hecho García Márquez nada más es ponerlo como novela. Y Vargas Llosa, en *La guerra del fin del mundo*, basada en *Los sertones* de Euclides da Cunha, compone una novela con una historia ya hecha.

En los cuestionarios que se hacen a los escritores es frecuente la pregunta sobre sus personajes históricos favoritos. No sé si sea impertinente hacerle esa misma pregunta a un historiador. Más allá de tus favoritos como historiador del Nuevo Mundo, ¿a qué héroes o villanos admiras?

Admiro mucho la obra de Carlyle sobre los héroes y el culto de los héroes, pero no soy realmente muy dado a tener héroes. Claro, en Inglaterra todos en cierto modo tenemos nuestro héroe, Churchill, porque él salvó realmente a la nación inglesa. Yo tenía ocho años

cuando terminó la guerra y participé de esa adulación. Recuerdo en mi escuela primaria, cuando se celebraron las elecciones de 1945, aquella lucha entre conservadores y laboristas. Era una primaria católica y muchos de los niños eran descendientes de irlandeses, como yo mismo, pero me mantuve al lado de Churchill cuando la mayoría, por el contrario, estaba del lado de los laboristas. Tenía yo entre ocho y nueve años.

Son aquellas elecciones en las que Churchill, tras haber ganado la guerra, pierde, increíblemente...

Entre las grandes figuras a las que respeto está, en primer sitio, Bartolomé de Las Casas. Cuando leí por primera vez la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, sentí un gran desprecio hacia él, por tanta repetición, tanta matanza. Pero cuando lo fui estudiando bien, leyendo la *Historia de las Indias* y después la *Apologetica histórica sumaria*, su obra maestra, lo reconocí como uno de los grandes pensadores europeos del siglo XVI, que por haberse dedicado a América ha quedado en la penumbra. Pero es autor de una obra de gran originalidad.

Las Casas y Fray Servando Teresa de Mier, par de dominicos, son personajes que te emocionan porque entienden la Conquista como una historia americana. Al leerse se nota tu predilección intelectual por ellos. Ellos representan, quizá, la tesis principal de Orbe indiano, dirigida por ti, en primer término, al público de habla inglesa: que la primera América fue la española y la portuguesa, un primer Nuevo Mundo que no es una negación radical de Europa pero tampoco una simple réplica. Tú te has esforzado en presentar un mundo coherente, en dibujar los rasgos y bosquejar los personajes de toda una civilización. Aunque la imagen sea un poco manida, Orbe indiano es un gran mural. ¿Tú crees que esta idea, por la cual historiadores como tú han batallado tanto, de la autonomía y originalidad del mundo hispanoamericano, ha podido ser transmitida a los lectores, al mundo académico? ¿Crees que ahora que se invertirá tanto en celebrar el bicentenario de las independencias

americanas, la tradición hispanoamericana seguirá relegada, como ocurre desde los tiempos de Las Casas, a la periferia intelectual?

A raíz de la independencia y la crisis del mundo hispano, crisis política y cultural ocurrida a principios de siglo XIX, hubo un rechazo de todo aquel mundo barroco. Es el momento neoclásico, que se prolonga durante todo el siglo XIX, en que la literatura española misma rechaza a Góngora y toda esa tradición. Empezando 1880, ya con el modernismo, se va imponiendo una nueva apreciación de la cultura barroca tanto en España como en el Nuevo Mundo. Pero parecía muy claro que, aparte de Sor Juana y algunos otros pocos, no había una gran literatura americana en los siglos XVI y XVII. Por ello es que hay que ir a las grandes crónicas, donde se encuentra la originalidad, el legado cultural del siglo XVII.

Lo fascinante fue comparar el Perú con la Nueva España. Es curioso que los autores andinos sean en cierto modo más interesantes, superiores a los autores de la Nueva España. Por ejemplo: no hay ningún escritor mexicano equivalente a Garcilaso de la Vega ni ningún autor indígena semejante a Guamán Poma de Ayala, y ningún cronista mexicano es tan complejo y milagroso como Antonio de la Calancha, autores que en el Perú ya no tuvieron sucesores del mismo tamaño. Pero lo que sí tiene México es la crónica, la historia de historias, como la de Juan de Torquemada o Jerónimo de Mendieta o parte de la de Motolinía. Con la nueva generación, la de Sigüenza y Góngora y otros, como [fray Agustín de] Betancourt, está la continuación y creación de una verdadera tradición que se continúa en el siglo XVIII. Llegamos a Clavijero, que hace un compendio de Torquemada, pero también escribe con otro punto de vista, el de sus famosas *Disertaciones*, en la línea de la defensa del Nuevo Mundo contra esos horrendos filósofos que fueron el abate Raynal, Corneille de Pauw y William Robertson. Robertson no lo es tanto, pero la obra de Raynal en su

primera edición, aunque corregida después, es un compendio también, pues parte de lo escrito por Diderot y otros autores, y especialmente Cornelius de Pauw, un filósofo que se desplazaba por el mundo insultando a casi todos los pueblos de la Tierra. Pero aquí hay una tradición de defensa del Nuevo Mundo de la cual fray Servando es el heredero. Una tradición que acaba con él.

¿Ese mundo americano, renacentista, barroco e ilustrado (o contrailustrado), es o no una fuente admitida de la riqueza del mundo occidental?

Si se quiere entender lo que aquella cultura barroca fue, debe decirse que es una creación de las tierras católicas y, especialmente, de las dos alas de la cultura católica bajo la casa de Habsburgo. La verdadera comparación de América Latina (incluyendo a España) debe hacerse con la Europa central y del este, con el imperio que incluía a Austria, Hungría, Eslovaquia y Polonia, pues esas tierras católicas tenían la misma cultura. Llegará el día en que se hará un gran congreso para comparar América Latina con estos pueblos. Tienen el mismo ritmo; yo me di cuenta de eso cuando fui a Praga y me encontré la extraordinaria iglesia de San Nicolás, que no es churrigueresca pero sí barroca. Y la cultura de Austria, de la Alemania católica, tuvo igualmente una gran influencia aquí en México. Las obras de Kircher, por ejemplo, ese gran monstruo de la cultura barroca instalado en Roma y autor de tomos voluminosos, fueron bien recibidas acá. Y en mi libro sobre la Guadalupana, en los primeros capítulos, dedicados a la época virreinal, se encuentra también la evidencia de ese proceso. Se han estudiado los santuarios y cultos de España, muy semejantes a los del virreinato, el de Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza... Pero en México se utilizó la teología neoplatónica para magnificar y explicar la imagen guadalupana, lo cual fue para mí una sorpresa. Solamente después de terminar *Orbe indiano* fui leyendo esos sermones en el original.

El trabajo de Francisco de la Maza sobre el guadalupanismo mexicano siempre ha sido para mí una inspiración, junto con las obras de Edmundo O’Gorman, pero aquel librito de De la Maza fue fundamental. Fue una señal, una revelación para mí.

Ya que hablamos de la Guadalupe me gustaría preguntarte sobre dos de tus últimos libros, La Virgen de Guadalupe / Imagen y tradición y Octavio Paz y la poética de la historia mexicana. Se trata de dos capítulos centrales de la historia de México, de la historia del Nuevo Mundo y también de la obra de David A. Brading, porque si Guadalupe es la gran epifanía fundadora de México, en el siglo XXI la obra de Octavio Paz es el trabajo del gran poeta secular mexicano. ¿Cómo relacionas esos dos puntos?

No soy poeta, pero me encantan la poesía y los grandes mitos de la historia. Tuve la primera idea de *The First America* (título de *Orbe indiano* en inglés) en diciembre de 1971. Quise hacer una historia intelectual del principio hasta el fin, o sea, hasta Octavio Paz, porque, respondiendo a tu pregunta anterior, tal vez no fueron novelas las que me influenciaron, pero sí la obra de Octavio, *El laberinto de la soledad* especialmente, que leí en los años sesenta. Tenía entonces dos obras en mente: un estudio de la historia intelectual y política de México y otra destinada a hacer la comparación entre México y el Perú. El primer intento fue buscar los orígenes del patriotismo criollo y publiqué en 1973 *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Publiqué también, en inglés, *Mito y profecía en la historia de México*, en 1984. Fui resumiendo, compactando desde el siglo XVI hasta la Revolución mexicana, pero tuve al final que abandonar el asunto porque los capítulos fueron creciendo y creciendo. Especialmente la parte peruana tomó un papel central y por fuerza hube de terminar con la Independencia. Ya aprobado el libro, tuve seis meses para terminar y me metí en otras páginas más y seguí hasta la Reforma, hasta 1860.

¿Entonces te hubiera gustado seguir hasta la Revolución mexicana?

Sí, claro. Estuve escribiendo nuevos años y ya no tuve fuerza para más. Pero sigo leyendo y escribiendo: he terminado un ensayo sobre Justo Sierra que se va a publicar.

Quizá quieras partir de Justo Sierra para hablar un poco de la Revolución mexicana. Últimamente, de cara a la historia contemporánea de México, en estos años del siglo XXI se ha puesto de moda llevar aquello de O’Gorman de la invención de América a la invención de todo: todo se construye, nada existe en esencia. Hay quien afirma que la Revolución mexicana en realidad no existió, que es una invención, que fue fabricada en el sentido en que se supone que se fabrican las cosas en la historia de las mentalidades. ¿Cómo ves como historiador la Revolución mexicana? ¿Qué es lo que te sigue pareciendo apasionante, y qué revisarías?

La Revolución fue una realidad y esa realidad fue muy triste, desastrosa para la población. No es el mejor modo de hacer las cosas, una revolución, y menos cuando es tan inesperada. Al fallecer Madero todo el mundo pensó que la solución al conflicto había llegado... Pero la Revolución no se puede confundir con la derrota de Porfirio Díaz y de su régimen osificado. Bulnes hizo la descripción de los últimos diez años del Porfiriato como un caos organizado. Si Bernardo Reyes hubiera sido elegido tal vez habría sido posible hacer cambios sin violencia. Tanto la Revolución como la insurgencia de 1810 fueron movimientos que ocurrieron sin planificación, sin fin pre-determinado. La lógica la marcaron los acontecimientos. Fueron guerras civiles provocando otras guerras civiles, como la de los cristeros, restauradoras y creadoras de un Estado fuerte y capaz de organizar las fuerzas populares en instituciones, incorporando a los campesinos y a los trabajadores y sus instituciones dentro de un partido hegemónico. Tal vez si Madero se hubiera quedado en el poder se habría establecido una forma más abierta de

política... Pero la Revolución es la heredera de Díaz y del gobierno autoritario que Juárez estableció después de la Intervención francesa... Porque el ochenta por ciento de la población era campesina o iletrada, el país no estaba todavía listo para una democracia formal. Tras el modernismo y bajo la influencia de los viejos liberales positivistas, observamos la fascinante oportunidad ofrecida a los intelectuales de entrar al gobierno y formular desde allí sus planes. En contraste están las figuras como Vasconcelos, Manuel Gamio o Andrés Molina Enríquez —de los que hablo en *Mito y profecía en la historia de México*.

El problema es definir qué fue esa revolución. No hay ninguna respuesta fácil porque es un movimiento complejo, único en América Latina; pero es, espero, el último de esos tres momentos de guerra civil que fueron la Insurgencia, la Reforma y la Revolución. Y no hay cosa más terrible que la anarquía de una guerra civil. Estuve leyendo una de las últimas obras en las que intervino Octavio Paz, aquel posfacio a *Algunas campañas*, de su abuelo Ireneo Paz, que salió en 1997. Ese libro de memorias noveladas es fascinante debido a la ingenuidad del autor y la franqueza de sus descripciones: los actos de Ireneo son de lo más irresponsable que uno se puede imaginar. Y *Algunas campañas* también es un testimonio de la inutilidad de la rebelión. Testigo de los acontecimientos, Ireneo habla de cómo el pueblo de Zapotlán fue capturado por las fuerzas patrióticas, la mitad de las cuales estaban compuestas por bandidos que se apoderaban de los caballos y de las mujeres, lo máspreciado que había. La guerra civil siempre se trata de eso, finalmente: de apoderarse de caballos y de mujeres.

¿Llegará el día en que conmemorar guerras civiles sea visto como una locura prehistórica, remota?

No, no creo que llegue ese día. —
— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

DOCE LIBROS DEL SIGLO XX MEXICANO

I. LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL EN 1910



Francisco I. Madero
La sucesión
presidencial en 1910
 San Pedro, Coahuila,
 1908

Un libro en el incendio

*Carabina treinta treinta
 que los rebeldes portaban;
 y decían los maderistas
 que con ella no mataban.*

Navidad de 1908. En el pequeño segundo piso —casi un tapanco— de su casa en San Pedro de las Colonias, Coahuila, un hombre hojea el primer ejemplar del libro que ha escrito febrilmente durante algo más de tres meses. Con él se ha propuesto “calmar, orientar y encauzar definitivamente la ansiedad de su patria”. Sometido a una rigurosa dieta vegetariana, acosado por las jaquecas y los ataques oftálmicos, luchando contra lo que él mismo llama “el yugo de los instintos”, el ciclo completo de preparación y ejecución del libro le ha llevado más de un año. Lo comenzaba a escribir al despuntar el alba. Algunas noches, cuando el sereno recorría las calles balanceando su linterna, el hombre seguía escribiendo en un cuaderno escolar de 22 por 17 centímetros y rayado gris. Sólo en momentos de fatiga extrema se colocaba su casco Sarakoff, descendía al mundo de los humanos y recorría a caballo, como lo había hecho durante tantos años, los campos labrantíos de su hacienda. Sus peones lo saludaban con una mezcla de familiaridad y reverencia. No era sólo su exigente patrón sino su médico de cabecera, su protector material, su consejero espiritual. Nieto de un fundador de incontables empresas y bíblicas familias, él también habría querido ser un gran patriarca pero la naturaleza le había vedado, a él o a su esposa, la posibilidad de serlo. Ante la paternidad denegada, su reacción natural fue asumir una paternidad universal. Llevaba el nombre de dos santos fundadores, el de la caridad y el de la acción, y en su apellido había una reminiscencia del Calvario: Francisco Ignacio Madero.

Años atrás, después de viajar profusamente por Europa y estudiar administración en Estados Unidos, se había concentrado en los negocios. Era, en sus propias palabras, “un hombre bien pegado a la tierra” y se dedicó a hacerla florecer. Producto de estos esfuerzos, a sus 35 años de edad poseía acciones mineras y metalúrgicas, ganados, semillas, instrumentos de labranza, fincas rústicas y urbanas. Su criatura consentida era un rancho guayulero a 25 leguas de San Pedro. En esos terrenos desolados donde sólo abundaba el ganado vacuno, el hombre se había propuesto emular la hazaña de los colonos ingleses en Australia, que con semillas mejoradas y novedosos sistemas de riego convirtieron el desierto en un vergel. Aquel paisaje de magueyes, lechuguillas y mezquites era su propia “Australia”.

Pero en 1908 su vocación paternal y su alegría creadora se encauzaban resueltamente hacia una obra distinta. Estaba convencido de que su patria corría un gravísimo peligro. Sabía muy bien —la humildad era una de sus prendas— que no era escritor, pero sentía el impulso de aclarar por escrito y públicamente, para sí mismo y para los mexicanos de buena fe, la situación histórica del país, y delinear a partir de ella los posibles caminos de solución. ¿De solución o de salvación? A veces escribía como si las dos palabras fueran la misma.

Su tesis era muy sencilla: México padecía una vieja, conocida y muy riesgosa enfermedad histórica llamada “poder absoluto”. Porfirio Díaz, el hombre que desde hacía más de treinta años lo encarnaba, había tenido siempre una “idea fija”: alcanzar, ejercer, conservar el poder absoluto. Por su parte, a Madero lo inspiraba otra idea no menos fija y radi-

calmente opuesta: examinar, criticar y, en última instancia, derrocar al poder absoluto. Para fundamentar su obra, no le bastaron sus lecturas mexicanas. En septiembre de 1908 había escrito a un librero de la capital urgiéndole la remisión de varios clásicos de la literatura política, entre otros las *Historias y costumbres de los germanos*, de Tácito, la *Conjuración de Catilina*, de Salustio, la *Historia augusta*, continuación de la de Suetonio, el *Panegírico* de Trajano, las *Cartas* de Plinio el Joven y los *Estudios políticos* de Lord Macaulay. De estos textos, de algunos otros libros escogidos en su biblioteca (Saavedra Fajardo, Floro, Montesquieu) y aun de ciertas lecturas anarquistas (Reclus, Kropotkin) extrajo datos suficientes para describir el efecto maligno del poder absoluto en la historia universal. Ya sea en el antiguo Egipto, en el imperio ruso, en la era napoleónica o en el caótico siglo XIX latinoamericano, la conclusión a la que llegó era la misma: “el poder absoluto corrompe a quienes lo ejercen y a quienes lo sufren”. Entre las notas sueltas sobre su escritorio, destacaba una, de Montesquieu: “lo que se llama unión en un cuerpo político, es una cosa muy engañosa: la verdadera es una unión de armonía que hace que todas sus partes, por más opuestas que parezcan, concurren al bien general de la sociedad, como las disonancias en la música concurren al acorde total”. Esa era, justamente, la propuesta de su libro: desatar para México una armonía en libertad.

Madero no era, propiamente, un hombre de gabinete. Nunca lo había sido, ni siquiera en años remotos: “estudié para Papa y salí camote”, comentaba con sorna recordando la juventud de goce y disipación en la que supuestamente había incurrido y que en realidad no debió pasar de uno que otro pecado, menos que venial. Se definía a sí mismo, certeramente, como “un hombre práctico”: práctico en los negocios, práctico en su ayuda al prójimo, práctico hasta en sus afanes espirituales. Siempre había sido un ser volcado hacia los demás, un cotidiano practicante de la caridad. A los vivos en trance de muerte los curaba a través de la homeopatía, el magnetismo y otras técnicas. A los muertos en trance de vida –sus hermanos muertos, otros familiares queridos y hasta ciertos héroes de la patria, como Mariano Escobedo o Benito Juárez– solía convocarlos en arduas sesiones espiritistas, solo o acompañado, no para que le revelaran los arcanos de la morada eterna sino para buscar su apoyo o su consejo en este tránsito; no era un místico que buscara desasirse del mundo. Era un místico con los pies firmemente plantados en él. Por eso su caridad derivó naturalmente hacia la política: San Francisco se volvió San Ignacio. A partir de 1903, en que comenzó a formar el Club Democrático Benito Juárez, Madero desplegó en su municipio, su estado y en la república toda, una sorprendente actividad electoral, epistolar, periodística, de relaciones públicas y animación cívica con el objetivo fijo de abrir paso a la democracia mexicana.

Desde fines de 1907 sintió que su siguiente estación democrática consistía en escribir aquel libro. Si no una persona de libros, Madero era una persona de ciertos libros. En los estantes de su biblioteca se apilaban centenares de ellos, la mayor parte en francés. Además de las obras recientes sobre historia universal y de una vasta colección de textos espiritistas, destacaban varias obras de historia mexicana: *México a través de los siglos*, *La cuestión presidencial*, de José María Iglesias, *El juicio de amparo* de Ignacio L. Vallarta, y las *Memorias apócrifas* de Sebastián Lerdo de Tejada. De estos y otros liberales de la Reforma, Madero extrajo, literalmente, el espíritu: su propósito era reivindicar las libertades que legaron aquellos hombres, proponer la vigencia plena de la Constitución de 1857, restaurar de nueva cuenta la república. Su vasta excursión histórica le sirvió no sólo para confirmar la justicia de su causa y la pertinencia de su hipótesis, sino para ensanchar su horizonte vital. Leer páginas de historia, en particular de historia mexicana, había sido para él una forma de purificación moral:

Sólo en el estudio de su historia he podido fortificar mi alma, porque encuentro que ella nos hace respirar otro ambiente que el que hoy se respira en la República [...] el ambiente de la libertad [...] Esa historia nos hace tener una idea más elevada de nosotros mismos, al enseñarnos que los grandes hombres, cuyas hazañas admiramos, nacieron en el mismo suelo que nosotros y que, en su inmenso amor a la patria, que es la misma nuestra, encontraron la fuerza necesaria para salvarla de los grandes peligros.

La historia era un remanso y una fuente de inspiración, pero era también, y con mayor frecuencia, un escenario de errores y horrores. Madero consideraba necesario documentarlos porque casi todos, a su juicio, eran consecuencia obligada del poder absoluto: “Lo que necesito saber –escribió a uno de sus varios corresponsales, en julio de 1908– es cuáles fueron las causas de las guerras con los mayas, cómo fue llevada ésta [sic], entre quiénes se repartieron el terreno de Quintana Roo, qué beneficio sacó el gobierno con esa concesión y qué han hecho los concesionarios con esos terrenos.” No criticaba al poder absoluto en términos vagos y abstractos sino claros y concretos. Con una sonrisa debió hojear, por ejemplo, el Plan de Tuxtepec original que llevó a Díaz al poder y cuya vieja bandera era idéntica a la nueva que Madero propondría al país para la contienda electoral de 1910: “sufragio efectivo y no reelección”.

Había comenzado la escritura de su libro alrededor de septiembre de 1908. La interrumpió unos días, en los festejos del octogésimo aniversario del abuelo Evaristo, pero a partir de allí su avance había sido vertiginoso: casi cien cuartillas al mes. El atribulado impresor de San Pedro con quien con-

trató la edición apenas se daba abasto para seguir el ritmo del autor y cumplir con las estrictas cláusulas: “El número de ejemplares que tirará será el de tres mil, empleando papel de doce kilos para el texto y para las coberturas [...] El precio que cobrará usted por este trabajo siempre que el libro tenga 300 a 320 páginas será de \$1900.00.” El contrato preveía rebajas en el caso de modificar su extensión y una indemnización de diez pesos por cada 24 horas de incumplimiento en la fecha límite: 27 de diciembre. Hacia el 19 del mismo mes, al tener ya en sus manos 298 páginas impresas, Madero las había enviado a su primo Rafael Hernández advirtiéndole: “Esta semana lo terminaré, pues ya me falta muy poco.” Ese mismo día le informaba a un compañero el título definitivo: *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*.

En la Navidad de 1908 el libro estaba listo para su distribución. Nada había dejado Madero al azar. Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*, le había mandado una lista completa de los periódicos que se editaban en la república. A todos ellos les enviaría un ejemplar de obsequio. En la ciudad de México Madero había reservado un depósito para 600 libros. El precio por ejemplar sería casi marginal: \$1.25. Quizá vendería los libros suficientes para sacar el costo de la edición. Con diligencia, había integrado la relación de todas las personalidades políticas del país. Con muchas de ellas mantenía desde hacía tiempo una frecuente y vivaz relación epistolar. Al margen de simpatías o diferencias, a partir del año nuevo se dispondría a despacharles el libro. Uno de los ejemplares lo dedicaría especialmente al presidente Díaz acompañándolo de una carta en la que lo llamaría a “elevarse por encima de las banderías políticas declarándose la encarnación de la patria”.

Faltaba, sin embargo, la aquiescencia de la familia: su padre, don Francisco, anticiparía la represalia oficial contra sus negocios; su madre, doña Mercedes, temería por la vida de su hijo mayor; el patriarca, don Evaristo, reprobaría las locuras de Panchito: “No te andes metiendo en las patas de los caballos pretendiendo meterte a redentor”, le escribiría con enfado al comenzar la lectura. Sin presiones o amenazas, con la fuerza de su tono y su verdad, la obra lo convencería poco a poco. Pero ¿era en verdad Panchito su único autor? Al final todos darían su bendición, porque sabían que el joven Madero no abandonaría el proyecto para el que se sentía, en la acepción religiosa de la palabra, *elegido*.

Su libro casi no lo denotaba, pero en la intimidad de su persona, la que se expresaba en cartas a familiares y, sobre todo, en cuidadosos cuadernos donde día a día se comunicaba con varios “espíritus”, había una creciente imantación mesiánica. Madero veía –al parecer, en verdad, *veía*– el feliz “desenlace del gran drama que se dará en el territorio nacional el año de 1910”.

Por eso normaba sus actos de acuerdo con un libreto simbólico: se retiraría unos días –como todo buen profeta o redentor– a meditar en su desierto particular (Australia), daría los últimos toques a su testamento financiero –“corte”, escribió para sí, “con los últimos eslabones de su naturaleza inferior”–; se dispondría a escribir la primera línea de sus “Memorias” –testamento espiritual–, y enviaría a su padre una carta definitiva, no de su objetivo y estrategia, sino de su *misión*:

Creo que sirviendo a mi patria en las actuales condiciones cumplo con un deber sagrado, obro de acuerdo con el plan divino que quiere la rápida evolución de todos los seres y, siendo guiado por un móvil tan elevado, no vacilo en exponer mi tranquilidad, mi fortuna, mi libertad y mi vida. Para mí, que creo firmemente en la inmortalidad del alma, la muerte no existe; para mí, que tengo gustos tan sencillos, la fortuna no me hace falta; para mí, que he llegado a identificar mi vida con una causa noble y elevada, no existe otra tranquilidad que la de la conciencia y sólo la obtengo cumpliendo con mi deber.

Su deber ya no era sólo contribuir decisivamente a *solucionar* los problemas de México (deber de políticos, humanistas, reformadores sociales). Su deber era *salvar* a México (deber de profetas, iluminados, redentores).



Ninguno de aquellos sutiles motivos del alma aparece en *La sucesión presidencial en 1910*, libro práctico, sensato, terrenal, casi terapéutico, sobre los males históricos de México y la forma de curarlos. Era la obra de un médico caritativo y un sagaz empresario; de un remoto y fiel discípulo de San Francisco y un émulo disciplinado de San Ignacio, ambos convertidos a la mundana fe del liberalismo y la democracia.

En *La sucesión presidencial en 1910*, el médico y el empresario someten la obra del general Díaz a un riguroso examen. El resultado es complejo: hay zonas de salud y zonas enfermas, hay activos y pasivos. ¿Cómo negar, argumentaba el empresario, “el gran desarrollo de la riqueza pública, la extensión considerable de las vías férreas, la apertura de magníficos puertos [...] y sobre todo [...] hada bienhechora de tanta maravilla, la paz que hemos disfrutado por más de treinta años”? ¿Cómo no admirar al “hombre extraordinario al frente del poder”, su moderación, su honestidad personal? “Pan o palo” era su consigna, y muchos pueblos oprimidos habrían cambiado gustosos su yugo por el que aplicaba aquel hombre con “un mínimo de terror y un máximo de benevolencia”. Pero la enfermedad, explicaba el médico, era “aterradora”, no sólo por la concentración excesiva de

poder y la represión (no por mínima menos real), sino por el alarmante analfabetismo y el sutil veneno que corroía, que corrumpía desde dentro, al organismo mexicano:

Aparentemente hay elecciones, las cámaras están integradas por representantes del pueblo, los estados [...] conservan su soberanía y los ayuntamientos su independencia, siendo que en realidad sólo existe el poder absoluto de un hombre.

Era el veneno de la mentira. El respeto *aparente* por la Constitución que en la práctica se violaba, y la adopción *aparente* de fórmulas republicanas que en la práctica se desvirtuaban, eran condiciones que con el paso del tiempo se habían insinuado en la vida nacional hasta volverse una segunda naturaleza, hasta modificar la primera naturaleza y volverla un desdeñoso e irresponsable teatro de sí misma. Y como los allegados al poder —parásitos y presupuestívoros los llamaba Madero— eran los verdaderos interesados en mantener el estado de cosas, el propio autócrata era el primer engañado. Las únicas voces que mantenían un principio de realidad eran los acosados periodistas independientes a quienes Madero honraba repetidas veces en su libro. Con esa sola excepción, México se había vuelto el país del disimulo, del cinismo, del miedo, y el corolario de aquella creciente inconsciencia colectiva no podía ser más aterrador:

En la sociedad que abdica de su libertad y renuncia a la responsabilidad de gobernarse a sí misma hay una mutilación, una degradación, un envilecimiento que puede traducirse fácilmente en sumisión ante el extranjero.

“¿A dónde nos lleva el general Díaz?” se preguntaba, sin escamotear la respuesta: “No debemos engañarnos, vamos a un precipicio.” Era, ante todo, un mexicano que se había propuesto decir la verdad.

“Admitiendo por un momento que no estemos aptos para la democracia —razonaba con una lógica difícil de imaginar en un temperamento místico—, ¿de qué manera llegaremos a familiarizarnos con sus prácticas si nunca se nos deja practicarlas?” Si ya era grave que el gobierno patriarcal hubiera “atrofiado algo el mecanismo de la nación... ¿cuánto más se atrofiaría el mecanismo si se dejaba pasar más tiempo?” El peligro no era imaginario: desde 1904 Díaz había impuesto a Ramón Corral como su vicepresidente, síntoma claro de su voluntad por perpetuar el régimen absoluto e instaurar una dinastía autocrática.

Pero no había que conceder siquiera que el mexicano estuviera incapacitado para la democracia. Todos los obstáculos que el régimen aducía eran falaces. ¿Ignorancia de las masas? La historia mexicana comprobaba que con o sin letras

las personas sabían elegir con sensatez a sus representantes. ¿La amenaza del clero? Argumento falso, decía Madero, lejos de posiciones jacobinas, previendo quizás el saludable resurgimiento del partido conservador: “el clero se ha identificado con las aspiraciones nacionales [...] ha evolucionado mucho desde la guerra de Reforma, lo que ha perdido en riqueza lo ha ganado en virtud”. ¿Temor a las maniobras, las asperezas ideológicas, las alianzas? Bienvenidas todas, porque todas eran parte de aquella disonante unión en la armonía que, según Montesquieu, caracterizaba al organismo político sano. El pueblo valoraba la paz y respetaba a la autoridad; mal que bien había una ley electoral; entre los obreros cundía un sano espíritu de asociación; en sus agrupaciones y asambleas, la clase media había dado pruebas de gran cordura, ilustración y sentido común. Bastaban estos signos para demostrar que el mexicano estaba apto para ejercer la democracia.

Tras el diagnóstico, la medicina o, mejor, la ingeniería política. Había que fundar cuanto antes un partido independiente (cuyo nombre terminaría por ser el de Partido Antirreeleccionista). Su primer propósito sería persuadir al viejo dictador de honrar sus promesas de la entrevista Díaz-Creelman y convertirse, no en jefe de partido, sino en garante de la naciente democracia mexicana. De no lograrlo, no había razón para desesperar:

Con el solo hecho de luchar en el campo de la democracia, de concurrir a las urnas electorales y sobre todo de habernos constituido en partido político, los independientes habremos logrado que el país despierte y el partido independiente, aunque derrotado, habrá salvado en realidad las instituciones pues con esa lucha habrá adquirido tal prestigio que al morir el general Díaz se constituirá en un vigía constante de su sucesor, que por ese motivo deberá obrar con gran moderación y hacer paulatinamente concesiones al pueblo, que se las arrancará en las frecuentes luchas electorales, pues los independientes no descansarán y promoverán campañas electorales en los estados a fin de renovar poco a poco los ayuntamientos, las legislaturas locales, las gubernaturas y las cámaras de la Unión.

Esta era la ingeniería paulatina, fragmentaria, responsable de Madero. No una vaga evolución histórica como la que propugnaba el positivismo metafísico de muchos porfiristas. Una evolución concreta de abajo hacia arriba, de la periferia al centro, que devolviera su sentido real a las palabras democracia, representación, federación, república: una evolución que disipara la mentira y evitara, sobre todo, el advenimiento casi siempre fatal de una revolución.

Para lograr este avance no era necesario “desviarse por los senderos torcidos de la revuelta” que acarrearían “males sin cuento a la patria”. Madero no asustaba a sus lectores oficiales

con el petate de los muchos muertos dejados en los campos por las revoluciones mexicanas del siglo XIX. Aunque la hipótesis de que “estalle una revolución es la menos probable de todas... la posibilidad existe y... en este caso desgraciado, sería el culpable el general Díaz, por su obstinación a no hacer concesión alguna a la República”. El partido independiente que proponía Madero rechazaba de entrada esas dos posibilidades: la rigidez y la revuelta. *La sucesión presidencial* era obra de un demócrata, no de un revolucionario.

En sus conclusiones, Madero concedía la posibilidad de que, como garante de la democracia, Díaz fuera reelecto libremente. En tal caso, no veía razón para que no siguiera al mando de la nación por un periodo único, si bien reformando la Constitución en el sentido de la no reelección, y renovando la vicepresidencia y una “parte [no especificada] de las cámaras y de los gobernadores, con miembros del Partido Antirreeleccionista”. Para cuando Díaz muriera —implicaba Madero— una nueva clase política, joven pero experimentada, habría tomado las riendas del país.

En las páginas finales, San Ignacio devuelve la voz a San Francisco: Madero confiesa su “gran simpatía” por el viejo presidente, se refiere a los episodios sorprendentes de su vida, lo llama “nuestro gran pacificador”, “nuestro eximio gobernante”, y lo invita a coronar su obra con un acto de sensatez y de generosidad: permitir que su sucesor fuera la ley. Palabras humanas, no divinas. Términos de solución, no de salvación.



Díaz desoyó aquel llamado de San Francisco, desdeñó la capacidad organizativa de San Ignacio, y terminó en el exilio eterno, sin entender cabalmente su propia, inmensa responsabilidad en la revolución que se desataría dos años después de la publicación de aquel libro. Pero si la obstinación de Díaz había sido previsible, si debiendo su poder a las armas era natural que no lo dejara sino obligado por la misma fuerza, ¿por qué, con su caída, no se consolidó la democracia? Más precisamente: ¿podría pensarse que su violenta caída, tal como ocurrió, fue un desenlace desventurado para la transición a la democracia? Lo cual obligaría a la pregunta capital: ¿por qué desesperó Madero de la vía pacífica para construir la democracia y se volvió revolucionario?

Se dirá que toda la reflexión es ociosa. Después de todo Madero derrocó a Díaz. Pero como demuestra la lectura atenta de *La sucesión presidencial en 1910*, ese no era su propósito central. Lo que Madero quería era cimentar a la democracia en México y aquí la evidencia histórica es despiadada: lo estaba logrando portentosamente antes, durante y después de la publicación de su libro, pero a partir de la Revolución su obra se frustró. México no sería entonces —no lo fue por más de ocho décadas después de su muerte— una democracia. ¿Qué falló?

Mil cosas, remotas y recientes, accidentales y estructurales, pero entre ellas una que apenas cabe susurrar en un país como el nuestro, enamorado de la violencia, embriagado de la leyenda revolucionaria: quizá falló Madero cuando, movido por el predominio final de su espíritu mesiánico, cambió la estafeta cívica de la democracia por las explosivas carrilleras de la revolución.

¿Qué había quedado del cuidadoso y sólido andamiaje democrático que había comenzado a construir desde 1903 en su vastísima correspondencia con periodistas independientes, en los diarios de oposición que fundó o financió, en los clubes esparcidos por todo el país, en las giras electorales, en el evangelio cívico de su libro? ¿No habría sido más sensato seguir las pautas previstas en el libro, cercar cívicamente al vetusto régimen, consolidar una nueva clase política, esperar el ineluctable y cercano fin del dictador debilitado? ¿Se imaginó alguna vez Madero las espantosas matanzas de chinos que se ejecutarían en su nombre en la ciudad de Torreón? ¿De qué servía su caballerosidad frente a la crueldad revolucionaria que él mismo había convocado y que ninguna prédica podría ya detener? Madero, “el hombre práctico”, el de “los pies bien pegados a la tierra”, se había desasido por un momento de la tierra y ese parpadeo sería fatal. En la práctica, la revolución no era lo suyo, era la ley sin ley, la de hombres ingobernables que no conocía ni podría nunca cabalmente gobernar. “Estoy más orgulloso por las victorias obtenidas en el campo de la democracia que por las alcanzadas en los campos de batalla”, diría al cabo de la Revolución. Palabras vanas dichas sin vanidad: una vez desatada la violencia, las únicas batallas que valdrían por muchos años eran las de verdad. Con la carabina treinta treinta, los maderistas sí mataban.

“Madero ha soltado al tigre”, habría dicho, cínicamente, Porfirio Díaz. Pero en sus palabras había un fondo de verdad: Díaz no estaba diciendo que el tigre habitara específicamente en las entrañas mexicanas; lo que Díaz advertía era esa cosa eterna y universal, esa insaciable boca de la muerte, la violencia, que una vez convocada tiene la fuerza, la volatilidad, la crueldad, la atrayente luminosidad de un incendio.

El médico y el empresario, San Francisco y San Ignacio, habían escrito un libro desde San Pedro de las Colonias. Iba a ser la piedra fundadora de la democracia mexicana. Sentados a la vera de la historia, derrotados en la victoria, vieron —por un momento de horror, en verdad, vieron— el incendio de una revolución que devoraría el madero de muchas vidas y la preciosa vida de Madero. —

— ENRIQUE KRAUZE

Este ensayo se publicó originalmente como prólogo a la edición que Clío hizo en 1994 de La sucesión presidencial en 1910.

1910

Pero los tiempos han cambiado. El centenario de nuestra independencia se anuncia majestuoso, recordando los albores de la libertad. Los escritores independientes, los que amamos a la patria, ya no estamos solos...

Francisco I. Madero,
La sucesión presidencial en 1910

La consecuencia inmediata

En el mes de enero de 1911 el presidente Porfirio Díaz decidió establecer la ley marcial en la frontera norte de México y “en menos de veinte y cuatro horas fusilar a todos los miembros de la familia Madero”. De no haber sido por la intervención directa de Fernando Pimentel y Fagoaga, gerente del Banco Central Mexicano, el acato presidencial hubiese seguido su rumbo, ya que después de “insistir e insistir durante una hora entera”, y sin que don Porfirio “quisiera escucharlo”, logró apaciguar los ánimos encendidos del dictador. En vez de ello, el asesor de la Secretaría de Hacienda, quien mantenía nexos de negocios con los Madero, salió de la junta con la consigna de intervenir el engranaje financiero del levantamiento armado, cuya beligerancia crecía a pasos agigantados en el estado de Chihuahua, exponiendo de paso la soberanía del país debido a una posible intervención extranjera por parte del gobierno estadounidense. No obstante, don Porfirio decía tener pruebas fidedignas de que todos los miembros de “dicha familia ayudaban a Francisco [Ignacio] en su insensato plan revolucionario”.¹

Mas no era sólo el levantamiento armado lo que inquietaba la mente del dictador, ya que, desde el pasado mes de noviembre, Francisco I. Madero había decidido iniciar la revolución en todo el país, convocando al pueblo y al mismísimo ejército mexicano mediante el Plan de San Luis Potosí. Para el régimen porfirista, el problema aumentó cuando cerca de cinco mil impresos realizados en *indian paper*—cuyas cualidades lo hacían fácil de transportar—ingresaron al país de manera clandestina; procedían de San Antonio, Texas, donde se hallaba la Junta Revolucionaria. Madero se dedicó toda una noche a firmar de puño y letra cada una de las copias de los pequeños paquetes

atiborrados de impresos, mismos que se encontraban estratégicamente dirigidos a simpatizantes y amigos de la causa.²

Lo cierto es que este líder revolucionario no era ningún novato en el ámbito de la política y mucho menos en la logística de propaganda que se requería para generar prosélitos. A sus treinta y cinco años de edad y nacido en el seno de una de las familias más acaudaladas de México, el joven Madero llevaba más de un lustro sondeando el ambiente político; redactando y financiando una de las fuerzas mediáticas más poderosas en los primeros tiempos del siglo XX: la prensa, lo cual resultaba irónico en un país donde cerca del 80% de los habitantes era calamitosamente analfabeta.³

Tan eficaces probaron ser los periódicos de aquella época que en marzo de 1908 se dio a conocer en México una entrevista del presidente Díaz en la que declaraba que no volvería a reelegirse y dejaría la próxima sucesión presidencial de 1910 a los partidos políticos, después de tres décadas de haber ostentado el poder.⁴ La revelación causó furor en las clases medias y privilegiadas del país, generando un verdadero frenesí en el ámbito de la política y azuzando el ánimo de las diferentes facciones en busca del cambio, cualquiera que este fuese.

Sin embargo, el dictador no quiso cumplir su palabra y el gobierno encarceló a Francisco I. Madero (candidato presidencial del Partido Antirreeleccionista), a fin de que Díaz y su vicepresidente Ramón Corral volvieran a ocupar de nueva cuenta el poder. Madero, por su parte, había asegurado una y otra vez, en *La sucesión presidencial en 1910*, su repudio a la violencia, ya que:

buscar un cambio por medio de las armas sería agravar nuestra situación interior, prolongar la era del militarismo y atraernos graves complicaciones internacionales [...] Porque no queremos más revoluciones, porque no queremos ver otra vez el suelo patrio ensangrentado con sangre humana, porque tenemos fe en la democracia.⁵

² David Nathan Johnson, *Madero in Texas*, Félix D. Almaraz, Jr. (ed.), San Antonio, Corona Publishing Company, 2001, pp. 32-33.

³ Cf. Raymundo Salgado Porcayo, “El analfabetismo en México. 1895 al año 2000”, en *Instituto Nacional de Estudios Políticos* [en línea], secc. México social, México, Instituto Nacional de Estudios Políticos [s. a.]. <<http://inep.org/content/view/full/8451/1/1/>>, p. 2, pant. 2. [Consulta: 13 de noviembre, 2009.]

⁴ El 17 de febrero de 1908, el presidente Porfirio Díaz concedió una entrevista al reportero de origen canadiense James Creelman, quien representaba a la revista estadounidense *Pearson's Magazine*. El periódico *El Imparcial* reprodujo la entrevista el 3 de marzo en México.

⁵ Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*, 3a. ed., México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1911, pp. 359, 15.

¹ Carta de Roberto Núñez a José Yves Limantour, ciudad de México, 24 de enero de 1911, Fondo José Yves Limantour, Condumex; carta de Enrique Creel a José Yves Limantour, ciudad de México, 7 de enero de 1911, Fondo José Yves Limantour, Condumex. En esta última carta Creel le hace saber a Limantour que “funcionarios del gobierno de Estados Unidos y capitalistas de Nueva York y Chicago” estaban “fomentando la revolución en México”.

Con ello quedaba claramente asentado que dos patriotas habían dejado de cumplir su palabra y, sobre todo, que ambos habían utilizado los medios impresos de forma indiscriminada y sin medir las consecuencias.

El libro

La sucesión presidencial en 1910 es, a todas luces, un libro de pretensiones propagandísticas. Sin duda, una de las principales metas que planteó Madero fue la creación del “Partido Nacional Democrático”, cuyo nombre apareció en la primera portada de tres ediciones que consecuentemente se fueron imprimiendo con la anuencia del autor; pero más allá de una simple convocatoria partidista, lo que en realidad buscó Madero en su texto –político y de protesta– fue la creación de un magno partido “independiente” de dimensiones nacionales y una serie de clubes “permanentes”. Era para él la única manera de establecer, “tarde o temprano”, un partido acorde con las necesidades del país e “inspirado en los principios democráticos”. El camino idóneo hacia una transición pacífica.

“El militarismo en México”; “El general Díaz, sus ambiciones, su política, medios de que se ha valido para permanecer en el poder”; “El poder absoluto”; “El poder absoluto en México”. Así se titulan los primeros cuatro de los siete capítulos que conforman el libro. Cada uno de ellos está subdividido en diferentes apartados, en los cuales el autor plantea, mediante argumentos históricos, que tanto en México como en el extranjero el absolutismo militar había acabado de heredar secuelas funestas para ejercer los postulados cívicos que requería la nación.

En su libro, Madero acusa al gobierno dictatorial de ejercer la represión violenta, de haber efectuado el genocidio de las tribus indígenas y los atroces fusilamientos en las huelgas obreras al norte y sur del país. Evoca la gloriosa participación de los caudillos decimonónicos con todo y su ominoso legado dictatorial, así como los decretos constitucionales del 57 en tanto base de “las más preciadas garantías” para trabajar juntos en el “engrandecimiento de la patria”. Denuncia, asimismo, el acoso a la prensa independiente (“cuarto poder en los pueblos libres”), y expone la necesidad –casi explícita– de recuperar el sentido de identidad mexicana fincado en un acendrado patriotismo, el cual, ciertamente, se hallaba en el olvido, mas no por eso deja de considerarlo como la panacea de todos los problemas nacionales y como la única fuerza elemental para erigir el futuro del país.

“¿A dónde nos lleva el general Díaz?”, “¿Estamos aptos para la democracia?”, “¿El Partido Nacional Democrático?” Son estos los últimos tres capítulos del libro, en los cuales se busca descifrar el paradigma histórico de la próxima sucesión

presidencial, esto es, enfrentar el “problema trascendental”. Madero no deja opciones. Insiste en el hecho de que no habrá otra oportunidad para desbancar al grupo en el poder, o sea, a los *científicos*. Advierte que si el pueblo muestra rasgos conformistas ante la próxima sucesión presidencial, la nación caerá, irremediablemente, en el abismo.

Ataca con valentía a los “pro hombres” que secundan al dictador, en especial al vicepresidente Ramón Corral y al general Bernardo Reyes, quien ostenta una amplia trayectoria gubernamental. Puesto que la verdadera disputa política no era en sí la sucesión presidencial sino la elección del hombre que llegara a ocupar la vicepresidencia y, en un futuro inmediato, heredara el poder. En forma ambigua intenta convencer al lector de que México se encuentra apto para la democracia, y advierte que la “patria tiene cifrada” sus esperanzas en los “intelectuales pobres” (refiriéndose, quiero entender, a los hombres de escasos recursos pero que saben leer y escribir), así como en la clase media y los obreros, ya que, pese a lo “modesto de estos elementos”, serán ellos los que “salven” a la nación.

Madero aprovecha su intuición mediática y, más aún, su poder financiero: ochocientos de los tres mil ejemplares de la primera edición de su libro fueron entregados gratuitamente a hombres de opinión e influencia política,⁶ lo cual, por supuesto, aceleró las ventas del mismo. Para la segunda semana de marzo de 1909, tres meses después de haber dado a conocer el libro, la segunda edición se encontraba ya en proceso de impresión. Fue tal el éxito que Madero pagó las traducciones al inglés, francés y alemán.⁷

Aparte de felicitaciones y cartas amistosas, el libro no causó ninguna acción social de relevancia; más que provocar un examen de conciencia ciudadana en el “elemento intelectual” –la clase media mexicana–, *La sucesión presidencial en 1910* posicionó a Francisco I. Madero en la palestra política nacional y, sobre todo, abrió el camino para llevar a cabo –por vez primera en la historia de México– una campaña de giras proselitistas en la mayoría de las principales plazas del país. Esto logró proponer y fomentar un sentido de identidad democrática. Madero se entusiasmó tanto por la respuesta y por el anhelo de libertad que percibió en sus giras que olvidó por completo los argumentos de moderación que había manifestado en su libro. Optó (a mi juicio, equivocadamente) por el camino de las armas. —

— MANUEL GUERRA DE LUNA

6 Carta de Francisco I. Madero a Isidro Fornés, San Pedro, Coahuila, 17 de julio de 1909, Fondo Francisco I. Madero, SHCP.

7 Carta de Francisco I. Madero a Carlos R. Menéndez, Mérida, Yucatán, 9 de marzo de 1909; carta de Francisco I. Madero a Louis Raposo, ciudad de México, 4 de julio de 1909; contrato de traducción entre Francisco I. Madero y Alejandro Enenkel, Fondo Francisco I. Madero, SHCP.